

Roma, Diciembre 28 de 1868.

QUERIDA MARIA:

Hace un mes que te dirigí mi última, en la que te hablaba de algunos de los palacios mas notables de esta ciudad; pero como te fastidiaría que esta carta continuara la relacion de la misma materia, hablaré ahora un poco sobre teatros, como te lo ofrecí en mi anterior.

De los teatros y anfiteatros de la antigua Roma, debo hacerte una rápida lista, solamente para que no ignores sus nombres y los lugares donde están colocados, pues de los mas apénas quedan

algunos vestigios: despues te hablaré de los teatros que actualmente posee la ciudad, que no dejan de tener su interés por su forma y sus lindas decoraciones.

Comenzando por el antigun Teatro de Marcelo, diré: que fué principiado por Julio César, terminado por Augusto y que podia contener cómodamente treinta y cinco mil espectadores. Este sí que era un teatro mónstruo, grandiosa construccion, digna de aquellos gigantes.

El Teatro de Pompeyo fué el primero construido de piedra en Roma, del que aún se ven algunos restos bajo el palacio Pío. El anfiteatro Castrense que estuvo vecino á la Puerta Mayor. El Circo Máximo, que podia contener doscientos cincuenta mil espectadores! Este sí que superó al de Marcelo y, á pesar de su grandeza, ¡oh poder del tiempo! hoy apénas se descubren de él algunos vestigios. El Circo de Salustio, cerca de la Puerta Salara. El Circo de Helioábalo, fuera de la Puerta de San

Juan. El Circo Flaminio, donde está en la actualidad el palacio Mattei. El Circo de Flora, sobre la plaza Barberina. El Circo Agonal, donde está la plaza Navona. El Circo de Neron, destruido por Constantino para construir la antigua Basílica de San Pedro.

Estos son los teatros, circos y anfiteatros de la antigüedad y de los que se miran, como he dicho, algunos vestigios. Del Teatro de Marcelo, que es del que se conserva una parte mas considerable, se ha construido uno moderno sin techo, que mas bien tiene la forma de una de nuestras plazas de toros y sirve para las representaciones vespertinas que se dan en el verano á causa del calor de la estación y por estar cerrados en esta época los demás teatros. Además de este, hay otro tambien diurno que llaman de la Arivela y está situado por Trastevere, cerca de la vía Longara: este no tiene la forma del anterior, sino, aunque cuadrilongo, tiene palcos y el techo contiene vidrieras comedizas que se pasan para impedir la

acción de la lluvia cuando se da alguna representación.

Los demás teatros sí tienen la forma comun y son iluminados con luz artificial; de éstos, cuatro son los mas remarquables, que son: el de Apolo ó Tordinone: el Teatro Balle, el Argentino y el de Capránica.

Hay otros tres ó cuatro fuera del centro de la ciudad que son de importancia muy secundaria.

El Teatro de Apolo es de regulares dimensiones con una bella portada en la fachada, un peristilo y el interior de forma de herradura, con cinco órdenes de palcos y bien iluminado.

La ornamentación de los palcos, plateas, su techo y telon de boca, corresponden á la categoría del primer teatro de la gran ciudad. Por todas partes se ve brillar el oro, el mármol, los mil colores en variados adornos y figuras mitológicas; las preciosas decoraciones y mas aún la fulgurante luz de los ojos de las beldades romanas y el lujo de la aristocrática concurrencia, causan vér-

tigo al que por primera vez se halla sentado en una de las butacas de ese teatro, y acaba de fascinarse con las sesenta ú ochenta sílfides que en el medio ó al fin de la funcion de ópera ó dramática, salen á ejecutar esos bailes pantomímicos en los que todo es ángeles, tul, seda, terciopelo, flores, países tropicales y luces eléctricas y de Bengala.

Pero lo que hay de mas encantador en ese teatro es el telon de boca. ¡Qué obra tan hermosa y tan bellamente acabada! obra que debia figurar no en un teatro, sino en la mejor galería de Europa por su magnífica composicion y exquisito trabajo.

El asunto que representa, es el mismo de la Aurora, de Guido Reni; pero desarrollado con mas habilidad y las horas que circundan el carro de Apolo, son unas jóvenes mas frescas y lindas que las de ese autor, así como los caballos que tiran de la carroza en posiciones mas gallardas; en fin, sería necesario alargar esta descripcion si me pro-

pusiera mencionar uno á uno los detalles de este telon incomparable.

El autor de esta obra maestra, fué el jóven pintor Fracasini, muerto pocos meses há cuando apénas comenzaba á dejar ver los destellos de su talento. Bajó al sepulcro este artista cuando cumplia sólo treinta y un años, y á esta edad era ya superior á todos los pintores romanos; por consiguiente, fué muy sentido de todos y el papa que lo estimaba particularmente, le hizo unos magníficos funerales.

Este mismo artista ejecutó, para una de las habitaciones del Vaticano, por encargo de Pio IX, el cuadro de unos mártires; y á fé que esta obra corresponde á la alta reputacion de Fracasini, pues se separó enteramente en ella de esa manera fria y mezquina que constituye generalmente la escuela romana, y desplegó una gala de estilo que no deja que desear y una entonacion tan rica, como la mas brillante de los pintores venecianos.

Ignoro el título del cuadro, que re-

presenta un cuarto á medio destechar, con unas cuantas vigas que han quedado y de ellas penden ahorcados algunos trailes y en el pavimento un grupo de sayones que aplican la cuerda al cuello de otra víctima que con los brazos abiertos y los ojos levantados, implora clemencia al cielo, mientras que el jefe que manda á los esbirros, de espaldas al espectador, le increpa y maldice porque no adora á sus ídolos.

La escena está representada con figuras del tamaño natural, y la habilidad con que están representados los caracteres, mueven á la vez diversos sentimientos. Tal vez Fracasini hubiera sido otro Rafael!

El segundo teatro de Roma es el de Ballo, recién construido; con una elegante columnata estriada en su fachada, el exterior espléndido aunque no muy extenso y posee tambien otro lindo telon pintado por Fracasini, que representa una escena del *Telémaco*; no hablo de la ejecución porque es igualmente esmerada que la del de *Apolo*.

Sigue luego el Teatro Argentino que no pasa de común en los de su género, y despues Capranica que es un poco mas democrático que sus compañeros.

En este último teatro y en el de Tordinone, se dan, casi siempre, funciones de ópera tres veces por semana y en los demás comedias ó tragedias.

A propósito de éstas, he visto trabajar en ellas á la Ristori y á su hermano, que son excelentes trágicos, especialmente la primera, que tiene fama europea; yo creo que muy pronto irá á Mexico, pues que he oido decir que la van á contratar.

Respecto de compañías dramáticas, me atrevo á asegurar que son superiores á las españolas, salvo la opinion de los inteligentes; más si puede juzgar segun mi sentir, hallo que las primeras ejecutan con mas verdad, con mas conocimiento de los diversos caracteres que representan y tienen tal naturalidad en la acción y los movimientos, que ocultan muy bien el artificio, y la ficcion pasa á ser un acoto real y positivo

de la vida humana; cuando rien los actores, lo hacen de muy buena gana y cuando lloran, derraman verdaderas lágrimas..... en fin, conmueven al espectador y lo hacen poseerse de los sentimientos que representan.

A pocos dias de llegado á Roma, concurrí por las tardes á los teatros de Marcelo y la Arinella y la primera vez que lo verifique al anterior, poco ántes de que comenzara la representacion, me imaginaba que ésta sería desairada y sin efectos, por falta de luz artificial y hacerse á pleno dia; pues yo creo que la media luz y no siendo natural, favorece en gran parte la ficcion y oculta muchos detalles que destruyen el buen resultado de la escena; pero ¡cuánto me engañé! porque sin embargo de verse el proscenio tan detalladamente y la accion y cara de los actores tan manifiestas, han representado la pieza con toda la perfeccion que podia presentarse en la noche y han satisfecho las ilusiones del público que quedó encantado.

Por esto digo que las compañías ita-

lianas son mas artistas que las españolas, cuya ejecucion no podria resistir la luz del dia.

En cuanto á las compañías de ópera que vienen á Roma, no son de lo primero, si no es algun artista aislado de *primo cartello* que llega una que otra vez y, ¿sabes por qué? porque en esta ciudad no hacen muy pingües ganancias como en la Habana, los Estados Unidos y México, en donde el sueldo que gana la primadonna, el tenor, el bajo, etc., cada noche que cantan es descomunal. En el Teatro Apolo la entrada á platea no pasa de siete francos y en Capránica de cuatro. Conque por esto verás que los sueldos de los cantantes no son de lo mas altos.

Despues de hablar de los teatros, para que haya un verdadero contraste, voy á contarte algo sobre las Catacumbas de Roma. Sé que hay dos; pero yo sólo entré dias pasados á las de San Sebastian, que están situadas adelante del arco medio derruido de *Druso*.

Para penetrar á estas ruinas, se entra

á una iglesia; se toma la capilla de la izquierda y en el centro de ella, se mira una especie de tarima ó trampa, que levantada franquea el paso para los subterráneos que llevan el nombre de catacumbas, en donde se alojaban los primeros cristianos á causa de la sangrienta persecucion de los Emperadores romanos.

Ibamos tres visitantes y, al descender por el primer escalon, se nos adelantó un fraile con el hábito de fernandino que llevaba una linterna en la mano.

Llegamos al nivel inferior, que tendria unas ocho varas de profundidad y comenzamos á caminar sobre un plano un poco desigual que á veces delineaba una vía recta, otras curva y las mas irregular, con algunas ampliaciones ó plazoletas, sostenido el techo por columnas del mismo terreno, ó simplemente formando galerías sostenidas por bóvedas de piedra natural ó de un terreno calizo y compacto.

Casi á poco de haber emprendido la

excursion, se comenzaron á dejar ver unos huecos, como especie de urnas en las paredes del subterráneo, de uno y otro lado: eran sepulcros de santos, segun nos iba explicando el fraile cicerone, pero que no contenian reliquia alguna, que seguramente se habian explotado ya en favor de los ministros de la Iglesia.

—Aquí, decia nuestro conductor, estuvo el cuerpo de Santa Inés; mas allá fué sepultado el de San Cipriano.

Llegabamos á alguna plazoleta en donde apenas se veian los vestigios de un sotabanco ó altar, y el fraile decia:

—En este altar dijo misa San Leandro; en ese otro se daba la comunión á Santa Eufrasia, á Santa Tecla, á San Estéban y qué sé yo á cuantos mas.

De esta manera íbamos andando por un terreno ondulado que nos hacia subir y bajar en nuestra marcha, y encontrando siempre esos accidentes de ampliaciones y recodos en los que no faltaban altares y sepulcros, siempre mencionando el fraile el nombre de los

que los ocuparon, como si hubieran existido en los primeros siglos del cristianismo ó aquellos habitantes de las Catacumbas hubieran dejado una lista nominal y razonada de los sepulcros que ocuparon y de los altares en que decían misa los sacerdotes para que sus pósteros hubieran sido cicerones de los visitantes.

Al ir caminando por estos oscuros subterráneos, recordé la mina de la Purísima de Guanajuato, que otra vez visité como tú recordarás, y efectivamente, hallaba entre ésta y las catacumbas muchos puntos de contacto, aunque en la mina hallaba yo trozos mas majestuosos é imponentes: pero siempre con esa irregularidad en el pavimento y esa humedad que en aquella era caliente miéntras que en éstas era helado.

Después de haber andado unas diez cuerdas, que me sentí un poco fatigado y que la perspectiva era uniforme, invité á mis compañeros para salir, pues que creía, les dije, que por lo que ha-

biamos visto, podíamos inferir lo que sería el resto.

Retrocedimos entónces, y al llegar á la boca del subterráneo, paró la mano el reverendo, en la que le pusimos tres liras por el trabajo que se habia tomado en conducirnos.

Como no estábamos léjos del cementerio, pasamos á hacerles una visita á los que allí reposan y, entrando á él, comenzamos á observar los mausoleos y urnas que allí se encuentran y, raro sería que estando en el país del arte y de los mármoles, no hubiera preciosos monumentos ya arquitectónicos, ya escultóricos, ya de los dos ramos juntos. Una cosa singulariza este cementerio entre los que he visto en los diversos países que he visitado, y es, que en la primera comparticion de él hay un ángulo recto de sepulcros unidos en un sólo muro figurando sarcófagos, un altar en algunos y sobre la parte superior que toca al techo, un medio punto con un pasaje del Nuevo Testamento pintado al fresco. En verdad que me agra-

dó esta idea y como el cementerio es nuevo, dicho ángulo lleva traza de cerrar el cuadro con el tiempo y entónces será un monumento artístico digno de visitarlo.

A la espalda de la referida comparación, están los humildes sepulcros de los desheredados de la fortuna que solamente son visibles por una cruz y á veces por un solo arbusto de flores.

Antes de cerrar esta carta, te hablaré algo sobre los pocos adelantos que he hecho en órden á relacionarme con artistas de primer órden, que deben influir notablemente en mis adelantos artísticos tanto por la vista de sus obras, como por sus buenos y sabios consejos.

La principal sociedad que contraen en Roma los artistas y pensionados hispano-americanos, es, naturalmente, la española, por el idioma y por la afinidad de raza; despues sigue la de los artistas italianos que se asemejan un poco por la lengua y las costumbres; vienen despues, en menor escala, los franceses, y las demás nacionalidades como ingleses,

alemanes, rusos, etc., entran poco en la sociedad española y americana.

Pues bien, yo llegué á relacionarme con individuos de las sociedades afines, comencé á entrar en juego ya mirándolos pintar, visitando sus talleres, consultándolos y observando en todo su sistema y lo bueno que tienen.

En el poco tiempo que llevo en Roma he visitado varias veces á Fortuni, que á pesar de ser un artista de primer órden, es muy atento con sus visitas, comunicativo y habla de arte con la mayor sinceridad y buena fé.

Estoy en relacion igualmente con Rosales, el autor del "Testamento de Isabel la Católica," por cuyo cuadro obtuvo la medalla de honor en la Exposicion Universal de Paris de 67; y, para no cansarte, visito y me visitan casi todos los artistas españoles de primera fuerza.

No debo pasar en silencio las buenas relaciones de uno de los mejores pintores milaneses, el señor Cughetti, autor del *Episodio del Diluvio*, que mil veces

has visto en las galerías de nuestra Academia, y gran pintor al fresco, que ha decorado algunas iglesias de Roma y últimamente la de San Juan Paul, fuera del Arco de Constantino.

El señor Bompiani es otro pintor y escultor de primer orden, muy buscado por los ingleses y revisor en la Aduana Pontificia de las pinturas que salen fuera de la ciudad. Estos dos artistas profesan gran simpatía á los artistas mexicanos, porque han tratado á varios, desde Vazquez, Miranda, Cordero y otros, hasta Rebull, Pina, Valero y Pérez; por consiguiente, á mí no me costó gran trabajo atraerme su benevolencia y mas con la presentacion y galantes recomendaciones de mi bondadoso compañero y buen amigo don Salomé Pina, que igualmente me ha relacionado con la mayor parte de los demás artistas que hoy son mis amigos; por todo lo que en estas líneas le consigno mi agradecimiento.

En fin, amiga querida, no teniendo mas que decirte por ahora, cierro la

presente, anunciándote que estoy preparando un viaje para Nápoles en compañía de un jóven mexicano hijo de nuestro poeta don José Joaquin Pesado; cuando lo haya realizado, te daré cuenta de todo lo que haya visto y oído en mi expedicion.

Adios, María.